

El sentido del olivo en *Cristina Navarro*

En una estrecha calle de la ciudad de Valencia se halla el taller -que es vivienda también, ¿o acaso acoge la vivienda al taller? - de Cristina Navarro. En ese espacio común, Cristina se presenta imbuida en una labor ya de años que la conduce a la búsqueda de un fondo, cual cimierito, y un orden, como disposición, al paisaje de las cosas. Las telas sobre las que pinta, se presentan por tanto como un juego ordenado de símbolos, alcanzando la memoria de un niño que aprendió a comer la sopa divertido con las letras de pasta de harina que bailaban en sus aguas hechas caldo.

De ese modo errático se transforma el dulce color sobre el que navegan las señales de los cuadros de Cristina, hecho sustancia que acoge en círculo o deja resbalar al vacío, iconos geométricos, representaciones de formas de vida que van de lo celeste a lo térreo, partículas de creación universal. Aparecen ahora, en medio de ese cosmos, olivos y aceitunas, renacidos del origen de nuestra civilización mediterránea, ocupando el lugar del alimento que venido de un oriente próximo alcanza las orillas de este levante mediterráneo. Más que nunca, el fruto se transforma en cultura alimentaria. Por eso estos cuadros pueden ser degustados como esencia del alma de todas las cosas. Más que nunca, una aceituna, como cualquier fruto primero, contiene en sí mismo el mundo que alcanzamos y que nos trasciende. Así pues, más allá de la evidencia que vemos, surge ante nosotros una vida compuesta de elementos sustanciales, encerrada en un lenguaje jeroglífico, pero que entreabre una puerta al ser universal.

Ese hábitat, envuelto entre la ensoñación de un mandala o la relajación de un ejercicio de yoga, se manifiesta en estos presentes de Cristina, allá donde el camino la conduzca.